



# principios de Siglo XXI

Simón I. Patiño de Cochabamba. Se abordó las siguientes temáticas: Características, creación / producción, perspectiva respecto a la novela, cuento, poesía y teatro y, el boom de la literatura cruceña.



se hagan más reporteros que artistas. El tiempo lo dirá. Existe un fragmento de un poema de Emily Dickinson que dice: Sobre la niebla del olvido existe un embarcadero / Donde pocos inextinguibles son brazos / No, se izan a sí mismos -la fama no tiene brazos / Apenas sonrisas -esos negros bálsamos

Infelizmente es así. La fama no tiene brazos. Solo sobrevivirán aquellos que consigan barse a sí mismos.

## Giovanna Rivero Santa Cruz

En la máquina del tiempo: O los Temponautas are coming soon

Bolivia es el país de lo increíble, donde todo es posible, y quizás por eso, el Realismo Mágico que pegara tan fuerte en el resto de Latinoamérica, aquí no se lo asumió tan fielmente, pues la fidelidad se la debía al relato histórico, al interior mina, al racismo, a las eternas fricciones entre indios y K'aras y a la misma exuberancia de nuestro espíritu criollo.

Sin embargo, violentamente, como quien se quita el abrigo acosado por un sol impio, los escritores que habitan los umbrales del Siglo XXI se han despojado de esa estricta "historicidad" y transitan, a veces a tientas, a veces como orates, profetas ciegos, filósofos desquiciados, el Nihilismo, o más bien, el Neonihilismo. En la narrativa de comienzos del Siglo XXI se consolida una sensibilidad especial para lo urbano, la ciudad, el texto donde el hombre pierde o gana la identidad, la individualidad, el pellejo, desorientado por los guinos seductores de un semáforo.

La ciencia ficción se maneja, ahora, en el laboratorio del alma, renuncia a la materia como único objeto de estudio y explora con hipótesis profanas, con el afán de conocer, por ejemplo, las estrategias del deseo humano, y lo hace a tal punto que el personaje se encuentra en la más obscena desnudez. El estilo de vida, los gustos literarios, los traumas del incesto, las fotografías de aficionados, la imagen de la muchacha que se cambia el sostén mientras su padre la espía por la cerradura, el nick con que el que funcionario chatea con un travesti, todo, todo queda al descubierto. La Red es el tejido donde la araña esperará con ansias a la mosca. ¿Quién eres tó? ¿La araña o la mosca?

¿La araña? ¿O la mosca? ¿Ambos? Sí, ambos.

Así pues, en el existencialismo mínimo, los Temponautas ya no narramos grandes relatos, aquellos que responden a las macropreguntas: ¿hacia dónde vamos? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es nuestra misión como seres humanos? Esas antiguas preguntas se puntuaban, en realidad, con signos de admiración y no de interrogación. Los Temponautas, en cambio, buscamos sin saber exactamente cuál es la pregunta, como aquel graffiti que reza: "Dios es la respuesta", sí, dice el transeunte quitándose las gafas, pero ¿cuál era la pregunta? Pues bien, Los Temponautas huimos despavoridos de la insignificancia, y entonces indagamos en lo mínimo.

Los Temponautas estamos dejando de lado una axiología

clásica, y nos aventuramos al caos del sujeto, que a menudo es confundido con la reversión de los valores. El escritor Temponauta no distingue rigidamente la frontera entre el mundo llamado "real" y el que no lo es, el de su fantasía digamos. Al contrario, vive en la desmemoria, porque la desmemoria es la libertad. Los Temponautas Neonihilistas no advertimos nada al lector, no por descortesía, sino porque nos parece natural que Nippur de Lagash también tome viagra y que Diana, la cazadora, decida finalmente volverse vegetariana.

## Eduardo Scott

Apuntes sobre dos obras que tañen en el campanario

"La gula del picaflo" de Juan Claudio Lechin actúa activamente dentro del tejido social, y eso resulta en un enriquecimiento que hace más profundo a cada uno de los personajes. Uno de ellos es tarjeño; el otro, es un piloto oriental; uno más es guerrillero urbano; aquél, indígena aymara educado en Inglaterra, pérfido como sus mentores sajones; se presenta el burócrata de organismo internacional; y el seductor que se gana la vida seduciendo, seducido él mismo por la pureza poderosa de la virgen a la que se aproxima de manera sagaz. Sabemos que uno es uno y sus circunstancias, como señaló Ortega y Gasset: en este sentido, los personajes son ellos, obran como son. No se ven a sí mismos, salvo, quizá, en alisbos o premoniciones fugaces, razón por la que, a pesar de todo lo que planifican cada una de las seducciones que llevan a cabo, se tiene la impresión que lo hacen porque impera un determinismo que los hace obrar de acuerdo con sus mandatos. Todos son producto auténtico de sus terrenos. "La gula" es irreverente a morir, pues no teme a ser catalogada de machista, ni de sexista. Tiene otros méritos: es una obra divertida, que hace reír. Hay métricas felices y bien utilizadas, el libro está sembrado de ellas.

La obra "El huésped", de Daher aborda un viaje en el estilo de la tradición kafkiana: el viajante, Rodríguez, intenta llegar a Kiev y se pierde en un bosque, pero en esa espesura no le se presenta el espíritu de un Virgilio que lo guíe en el camino, sino que alcanza a llegar a lo que él supone un hotel de construcción ecléctica. Pronto empieza a notar extrañas anomalías: el edificio es inmenso pero no infinito (La Biblioteca de Babel sí lo era); nadie que lo habite ha escuchado hablar del mundo externo, piensan que Rodríguez miente o desvaría; existen alisbos de rebeldía de unos contrabandistas que comercian algo tan audioso y carente de interés como el queso casero. Pero hay más, el hotel, que constituye un universo, es controlado por una corporación, dirigida por Olerome, una suerte de "del gran hermano te esté mirando" orwelliano, aunque más benigno y que, por falta de mejor control o porque no afecta demasiado al control que ejerce, permite mayores grados de disidencia no política, sino una especie de bohemia clandestina.

## Mauricio Souza

Cinco apuntes sobre la universalidad de la literatura boliviana del siglo XXI.

Quizá porque no se extravía en lo que Borges llamó «la ignorante superstición de la originalidad», la literatura boliviana del siglo XXI es bastante parecida a la literatura boliviana del siglo XX. (Es más: algunos textos del 98 o 97 podrían ser confundidos con otros, del 2004 o el 2005). Lo digo en serio: no veo que la de hoy sea una literatura tendencialmente distinta de la que se practicaba hace 20 años. Lo que sí sospecho nuevo, me atrevo incluso a celebrar, es la presencia, en el caso de la narrativa, de la mediación cada vez más organizada de un mercado editorial. En éste, circula de todo aunque sobre todo se tiende a privilegiar aquellos textos que buscan cierto anhelo horizonte de legibilidad, narrativas que podrían considerarse, y no lo digo despectivamente, impulsadas por el proyecto cultural del neoliberalismo.

Como soy medio chapado a la antigua, lo que creo más interesante (y valioso) de nuestra narrativa reciente son precisamente los proyectos menos «ágiles», más «serpientes», en los que el texto acaba siendo dominado por el lenguaje. Coincido, por ejemplo, con los muchos que consideran que la trilogía de novelas translingüísticas de Alison Spedding es lo mejorcito que se ha hecho en los últimos 10 años.

Coincidamos en que la literatura boliviana, al menos editorialmente, goza de buena salud: se publica mucho y, de lo publicado, un porcentaje apreciable amerita leerse. Hay que preguntarse, entonces, cuál es el estado de la lectura en Bolivia. Si me forzaran a responder a esta pregunta retórica, diría, no

muy seguro de lo que digo, que el oficio de leer oscila hoy y aquí entre la mitomanía, el proyecto inconcluso de los estudios culturales y el silencio o rumor. Por mitomanías entiendo la tendencia a la configuración de hagiografías alrededor de ciertos autores, lo cual no me parece mal, en principio, aunque a veces la pasión termine obnubilando la inteligencia. Los estudios culturales han tenido la virtud de abrir el canon de nuestra cultura oficial a otros territorios, pero esa apertura no creo que haya modificado sustancialmente las formas mismas de leer. En otras palabras, hay todavía que esperar, creo, la construcción de una lectura no canónica de nuestro canon literario. Y el resto es silencio, sobre todo cuando hablamos de literatura reciente. O, si se quiere, es la charla literaria (te, café o chuffay mediante) el único espacio de recepción más o menos crítica, aunque susurrante, de la literatura boliviana del siglo XXI.

## Julia Guadalupe García

"Cultura se hace poniendo"

Hay un lugar donde el bien y el mal conviven, donde se despierta al anochecer, donde la música es guía y el aroma erótico del alcohol la señal. Allí donde el frío es el trofeo a la plenitud. La noche descubre pieles, delata ecos, revela voces, milagros, mientras hombres y mujeres ascienden, descienden y trascienden en rituales prohibidos. En aquel lugar la literatura ronda entre locos y cuerdos. Allí se inventan leyendas y analizan geografías que se contonean intentando a crear religiones privadas. Aunque pocos, pero son, persistiendo en plática con otros muertos, dioses, adivinos e infinidad de demonios. Oruro, tierra donde aún habitan los constructores de la ficción, los que persiguen o son perseguidos, entre el Internet y el ch'aki del amanecer. Escribiendo con el cuerpo, con las manos, refugiándose en las páginas, dejándose poseer por la lengua y el lenguaje.

Vivimos a veces, es cierto, volcados hacia nosotros mismos, pero reconocemos que hay retos más allá de la caturris carnavalesca, que hay mentes entumecidas y que estamos como abandonados, que a veces querriños quedamos así, pero entendemos también que no debemos terminar como piedra redonda en el tránsito del no global, por eso, a hurtadillas buscamos libros secretos, escribimos en word, con bolígrafo, a lápiz, o en nuestra máquina de teclas incompleta, y compartimos literatura en fotocopias y hasta en servilletas, desdoblándonos entre delirios y amores virtuales, acrecentando emociones, viniendo dolores. Ah literatura, no imaginas lo que por tí (los pocos y los muchos) esperamos. El invierno es tan perfecto aquí y aunque en nuestros vitrales no aparece lo que realmente importa, aprendemos solos, al conjuro del sentimiento, obstinados o en fuga. Andamos en tu búsqueda como mutantes inconclusos, permeables, en cópula con el silencio, interrogando las preguntas que no llenen tiempo. En Oruro se confunden los tiempos. Caminando por las calles, presentimos la residencia transitoria de la literatura en alguna de ellas, nos detenemos cual fisgones para atisbar por el cerrojo. Entramos. Entre arquitecturas verbales y orgias experimentales, juegos con el lenguaje, transgredimos lo casto, tropiezan las ideologías y nos duelen las coyunturas. Evocamos el don augural de la literatura. Se entremezclan personajes colectivos, antagonistas, protagonistas, tangenciales, populares, y cuándo no, están también los que proponen y las que disponen... Para hablar de literatura hay que poner el corazón en rotación y la sangre en traslación.

